

La madre

LA sala estaba ya bastante oscura y cuando entró la señora de la casa, Andrés, que la esperaba con ansiedad rudamente contenida, dió unos pasos hasta ella tendiéndole las manos con temblor visible. Pero, fuera por la circunstancia apuntada al principio y que impidió que Genoveva se diera cuenta de su gesto, fuera porque también ella, agitada, no se daba cuenta de nada en aquel momento, el caso es que, sin corresponder al saludo, se dirigió hacia la mesita donde estaba la lámpara y, callada, encendió la luz. Quedó en pleno círculo clarísimo apenas atenuado por la pantalla translúcida. Entonces los brazos de Andrés cayeron a lo largo del cuerpo como si las manos ávidas, al principio, del saludo estrecho, le pesaran ahora hechas de pronto algo infinitamente denso. Fué un minuto malo. Junto al hombre erguido y hermoso, la pequeña mujer de pelo gris parecía más doblada, más envejecida. Después él dijo:

—Supe la muerte de Dantas y vine... pensé que tal vez me necesitaras para... para tus negocios... la testamentaría... Después me vuelvo... ¿Y María Agustina?

Genoveva entreabrió la puerta de comunicación e interrogó a alguien que indudablemente esperaba o se detenía en alguna ocupación en la pieza inmediata:

—¿Vienes, Nina?

¡Fea, la muchacha! A poco más apretar el color y el crespo del cabello, hubiera nacido mulata. Pero zalamera y conversadora con aquel pariente rico todavía de tan buen ver y que quizás... Mas no fué suficiente su desenvoltura para hacer entretenida y viva la conversación. La madre, ceñida en el manto de merino negro, se había hundido en un rincón del inmenso sofá y no decía una palabra, limitándose, a ratos, a sonreír levemente o a hacer signos de asentimiento con la cabeza. Y al primero parecía que hubiera sido preciso sacarle las palabras con un tirabuzón. Pasado un rato se levantó María Agustina para agasajar al visitante con el clásico licor casero de las provincias: zumo dulcísimo y fragante de frutas silvestres, de un bello color de rubí y un sabor agradable a damascos y a violetas, a la vez. El lo bebió casi todo de un sorbo y le devolvió en seguida la copita rechoncha poniéndose en pie:

—Muy rico, primita. Años hacía que no probaba yo guindado de pitangas y arazá. ¿Hecho por Ud.?

Seria, dijo la muchacha fea:

—No, lo hizo mamá.

La madre, entonces, terció con su voz que era muy llena de paz y suave:

—Mi hija sabe hacer otros más ricos y más difíciles que ése. El de leche, por ejemplo...

La despedida fué fría, a pesar de los arrumacos de María Agustina que lo acompañó obsequiosa hasta la puerta del zaguán. Ya en la calle, tomó Andrés el camino de la fonda donde se hospedaba. Iba cabizbajo y algo agobiado por las callejuelas angostas del pueblo, bordeadas de casas bajas con techos de teja ennegrecida. A través de los vidrios de las enrejadas y ventanas lo atisbaban, al pasar, mujeres aburridas y murmuradoras que bordaban sobre él comentarios y aspavientos. Entonces tuvo deseos de sentarse un rato en la plaza solitaria, bajo los naranjos de ramajes amplios, pesados de frutas pintonas. Se quitó el sombrero para que el viento le refrescase la cabeza. Por los senderitos empedrados de balasto rojizo rodaban algunas hojas de acacia y semillas en forma de bolitas, de los paraísos que mayo desnudaba con sus frías brisas. Un farolero, con la escalera al hombro, iba de esquina en esquina prendiendo los faroles de luz amarilla que constituían la única iluminación de aquel pueblo perdido entre sierras hoscas, cerca de la casi salvaje frontera brasileña. De la torre de la iglesia parroquial el toque de oración caía lento, infinitamente melancólico en medio del silencio de la antigua villa cuya quietud habitual parecía aumentar con el otoño. Entonces, Andrés Luna, sentado en el banco de piedra, con el cuerpo echado hacia adelante y las manos unidas sobre las rodillas, se dió a pensar. Borróse ante sus ojos el cuadro real, vivo e inmediato, y de entre los recuerdos surgió una cara blanca y linda que él estaba acostumbrado a mirar con el alma, cuya fidelidad visual es más exacta que la de las pupilas.

Esa cara era la de su prima Genoveva cuando tenía quince años y él la pidió de novia a don Eugenio Souza, su padre. Pero el viejo se le rió en la cara, tratándole de «menino lampiño», y como era avaro, apenas la chica cumplió los diez y seis, la casó con el portugués Dantas, que poseía casas y estancias y parecía un toro hecho hombre. Para los dos muchachos, muy simples y muy puros, aquello fué como si toda la tierra se hubiera interpuesto de pronto entre ellos. A Andrés el pueblo se le hizo insoportable hasta el punto de tener la sensación física de ahogarse allí. Y tras unos meses de inútil intento de asimilación, huyó a

Montevideo, tan abúlico, tan entristecido que un amigo de ocasión se lo llevó a correr mundo con el buen deseo de que, entre luchas y trabajos en ciudades desconocidas, llegase a olvidar aquel amor grande y triste. No olvidó, pero aprendió a resignarse, lo cual, por otra parte, era inevitable. Y de país en país fué a dar en el Brasil como gerente de un ingenio de azúcar, en el centro del país inmenso y cálido. Trabajó bien, se hizo hombre de confianza, enriqueció, pero no volvió a querer. Lo defendía el recuerdo terco de aquella carita ovalada y blanca que parecía haberse constubstanciado con su corazón. Y a los diez años, mozo serio y fornido, en plena treintena, no pudo más con el deseo de volver a verla y se tomó un mes de vacaciones bajo el pretexto de vender la casita materna y el terreno pequeño que la circueña. Se la compró el cura, su inquilino todo ese tiempo. Y cumplió su deseo de ver a Genoveva y aquel amor brujo se le prendió al alma más vivo que antes, si es posible. Genoveva seguía siendo tan bonita como cuando dejó de verla y tan buena y tan dulce, con su voz suave. Parecía la muñeca grande de su hija María Agustina, que había salido voluminosa, amulatada y tosca como el padre. Cuando Andrés retornó al Brasil llevóse más prendida al pensamiento, más clara y querida la imagen de ella. Así llegó a los cuarenta años con el corazón muchacho y el cuerpo fuerte y bello, defendido por el recuerdo de su eterna novia contra las decepciones y los vicios. Extraño caso de fidelidad; extraño y hermoso, pues ya estos romanticismos o estas consecuencias (como se quiera) son raros.

Y así, un día los sorprendió la noticia de la muerte de Dantas, ocurrida a causa de una brutal rodada del caballo. No era malo, pero en las especiales disposiciones de su corazón aquello fué como un signo de complicidad dichosa que le hizo la suerte. Le pareció que toda su vida se abría, de pronto, a un círculo luminoso. Resolvió en seguida el viaje al pueblo. En el vapor, en el ferrocarril, todo a su alrededor era como brumoso y lejano. Y lo realmente brumoso y lejano, vivo dentro de su ensueño, fué lo único que esos días existió para él. Pero he aquí que ahora su ilusión se desgranaba toda, se disolvía cuando más cerca de sí la creía... No podía «amar» a esta Genoveva de ojos hundidos, cuerpo agobiado y gesto amargo. Era «otra». Por justo que sea un hombre, no se enamora de una mujer sólo por sus bellezas morales. Es decir: puede enamorarse de una fea, pero no mantenerse apasionado de una mujer que lo conquistó hermosa y que luego encuentra envejecida y deformada. ¡Ah,